

llanes" que sorprendió a la americana "Devonshire" que fue llevada cautiva a Punta Arenas. En Argentina estalló la tormenta popular. No obstante, sabiéndose la Argentina desarmada y Chile con los incidentes no zanjados con Bolivia, concertaron el tratado Fierro-Sarratea de 6 de diciembre de 1878 que establecía un tribunal mixto para resolver los casos contenciosos. De esta manera Chile podía enfrentar con mayor holgura y fuerza los desmanes que originara Hilarión Daza.

Cuando encontró Daza que era inevitable la guerra con Chile y que el Perú se mostraba reacio a ella, nombró el 8 de febrero de 1879 a su ministro de Justicia, Serapio Reyes Ortiz, para que desempeñe la cartera de Relaciones Exteriores y al día siguiente partió, vía Mollendo, al Callao. Su misión era obligar al Perú a respaldar a Bolivia en la loca acción que inconsultamente y sin la más leve oportunidad había dado pie para iniciarse. El Perú impuso como condición previa tratar de obtener que Chile aceptara, a través de misión amistosa, el arbitraje de una tercera potencia para decidir los problemas en litigio con Bolivia, esto es, suspender de inmediato el impuesto de diez centavos sobre el quintal de salitre a exportarse. El ministro de Daza tuvo que aceptar con disgusto la actitud peruana. El Perú buscó con premura el hombre idóneo para tan difícil misión y lo encontró en José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra. Su relato es lo esencial del presente libro. "Es admirable por la noble serenidad con que está escrito, por el decoro y dignidad que mantienen todas sus páginas, dándose un cuadro vívido y convincente por su veracidad". El lector debe leerlo íntegro para gozar de su finísimo contenido. Es el mejor alegato del Perú; muestra toda la perfidia chilena en la aciaga guerra denominada del Pacífico.

Además de un prólogo tan nítido, lo acompañan centenares de notas aclaratorias y eruditas e índices. Denegri Luna aporta en este magnífico libro uno nuevo en su ya enorme aporte de estudios que honran a la historiografía contemporánea del Perú.

*Manuel Moreyra Paz-Soldán.*

#### AURELIO MIRO QUESADA Y SU RECIENTE LIBRO SOBRE MARIANO MELGAR

Mucho deben las letras hispánicas al ilustre crítico e historiador Aurelio Miró Quesada. Director hasta hace poco de la Academia Peruana de la Lengua, ha infundido en ella un impulso laborioso que no había tenido desde los tiempos de Ricardo Palma. Ex-Presidente de la Academia Peruana de la Historia, es incansable investigador de archivos y rico en hallazgos de interés. Gran conocedor de las literaturas peruana y española ha sabido armonizar el estudio de una y otra, de igual modo que funde en un solo amor el que siente por la herencia incaica y por la de España. Buena prueba de ello es su actividad periodística de muchos años en las columnas de *El Comercio de Lima*. Su afán viajero le ha llevado a dar la vuelta al mundo; pero antes había recorrido su país natal que describió en *Costa, Sierra, Montaña* (1938), y España toda en sus ciudades, rincones y plazas de toros.

Aurelio Miró Quesada es bien conocido en los ambientes intelectuales de España desde que en 1948 el Instituto de Cultura Hispánica reeditó en

Madrid su biografía de *El Inca Garcilaso*, acrecentada en su tercera edición (segunda del Instituto, 1971) con dos extensos prólogos a *La Florida del Inca* y a los *Comentarios Reales*, aparte de otros estudios complementarios. Este magno conjunto, apoyado en sólida y puntual documentación, penetra con agudeza en la psicología y arte del biografiado. Hay páginas donde la interpretación del historiador sube a cimas de cálida belleza, como el describir el entorno del Garcilaso mestizo en sus años de niñez y adolescencia. La añoranza que del mundo incaico hubieron de sentir los indios antaño nobles, ya sometidos, está pintada con dolorida comprensión, lo mismo que el choque de las dos culturas en el alma del protagonista.

En 1962 la Editorial Gredos publicó *El primer virrey-poeta en América*, libro en que Miró Quesada estudia la figura de don Juan de Mendoza y Luna, tercer Marqués de Montesclaros (1571-1628), y donde con tal motivo traza un cuadro muy completo de la vida cultural del virreinato en los primeros decenios del siglo XVIII. En 1963 apareció en Lima su discurso *Lope de Vega y el Perú*, leído un año antes en la Academia Peruana al celebrarse el IV centenario del Fénix. En él se trata de la atracción que el Perú ejerció sobre Lope, la difusión de sus obras en Lima, las relaciones que mantuvo con virreyes y literatos de allí, y su correspondencia poética con la Amarilis india, su enigmática admiradora y enamorada platónica sobre cuya existencia real tanto se ha discutido. De nuevo lucen aquí la sabia conjunción de abundantes noticias, la fina interpretación literaria y la galanura expresiva que habíamos encontrado en *El Inca Garcilaso*. El primoroso discurso pasó a formar parte del volumen *Veinte temas peruanos* (Lima, 1966), que abarca desde el mestizaje y los orígenes de la conciencia nacional peruana hasta figuras sobresalientes en la literatura de un siglo a esta parte, como Ricardo Palma, José de la Riva Agüero y César Vallejo. Destacaré, agradeciéndolo como español, el bello y valiente estudio *Gloria y leyenda de la isla del Gallo*; y a su lado la hermosa carta de Vallejo, descrita desde París en diciembre de 1935, poco antes de probar el cáliz de nuestra guerra civil. En ella el autor de los *Poemas humanos* pide con añoranza fotografías de regiones vírgenes andinas que Miró Quesada había recorrido poco antes, así como los artículos que sobre aquel viaje hubiera publicado.

Un capítulo de los *Veinte temas peruanos* lleva por título *Del Constitucionalismo a la Revolución Libertadora a través de Melgar*, y muestra ya el interés de Miró Quesada por el poeta héroe de la independencia peruana. Mariano Melgar es mal conocido en España: las dos páginas que Menéndez Pelayo le dedicó en el prólogo al tomo III de la *Antología de poetas hispanoamericanos* minusvaloran su obra poética. Por otra parte su fusilamiento en plena juventud dio lugar a una mitificación no siempre basada en recuerdos precisos ni datos exactos. El último libro de Miró Quesada, *Historia y leyenda de Mariano Melgar* (1790-1815), publicado por el Centro Iberoamericano de Cooperación (Madrid, 1978), viene a remediar los dos fallos: revisa la documentación que antes se poseía y la enriquece con impresionante caudal de noticias nuevas; reconstruye el ambiente familiar, intelectual y social que rodeó al poeta, así como sus amores y desengaños; y marca las etapas del rápido cambio que lo llevó del Seminario de Arequipa a la actividad política, la insurrección y la muerte. Novelas como *El siglo de las luces* de Carpentier o *Las lanzas coloradas* de Uslar Pietri han presentado magistralmente la sacudida que en la juventud hispanoamericana provocaron las ideas de la Revolución Francesa o el movimiento emancipador. La vida que dan a sus relatos obedece en gran parte a que los novelistas modelan libremente personajes de su propia creación, sin el pie forzado de los datos biográ-

ficos concretos que limitan la imaginación interpretativa del historiador. A pesar de su imprescindible carga documental, el nuevo libro de Miró Quesada es apasionante —casi obsesivo— en unos capítulos, hábilmente evocador en otros. La aportación histórica se vivifica con sugestivas descripciones como la de Arequipa en los comienzos del siglo XIX, y vibra con interés dramático al narrar la muerte del poeta “fusilado a los veinticuatro años y medio de edad en Umachiri, el 12 de marzo de 1915, a casi cuatro mil metros de altura, en la altiplanicie sobria y fría, entre el paisaje de ‘ichu’ amarillento, regajales oscuros y riscosas colinas”.

La obra poética de Melgar se encuadra en las corrientes del neoclasicismo y la efusividad prerromántica dominante en la literatura española de entonces: Meléndez, los fabulistas, Quintana y Arriaza dejan sus huellas en las elegías, epístolas, panegíricos, apólogos, odas e himnos cívicos del arequipeño. Esta filiación, señalada con sequedad por Menéndez Pelayo, no queda contradicha por Miró Quesada, quien sin embargo subraya amorosamente las notas personales de Melgar. Justificadamente concede especial atención a los *yaravíes*, lindas canciones amoratorias de origen quechua. Menéndez Pelayo había regateado la estimación de este género mestizo, y los ejemplos que de él dio en su *Antología* fueron escogidos entre los menos discordes respecto a la métrica habitual en España. Ahora bien, el singular encanto de algunos *yaravíes* consiste en la suave melancolía impresa por innovaciones como la de combinar versos octosílabos con pentasílabos o con trisílabos, ésto último de acuerdo con uso atestiguado en canciones quechuas, como oportunamente precisa Miró Quesada.

Estas palabras mías, que no abarcan toda la obra del ilustre académico peruano, estaban destinadas a presentar el libro sobre Melgar en un acto cuya celebración impidieron circunstancias diversas. Sirvan, impresas ahora, para contribuir a la difusión que bien merece y rendir homenaje a su autor.

Rafael Lapesa  
Real Academia Española